

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

09. Buscando trabajo

A grandes zancadas, como una niña atragantándose a pasteles, voy a buscar trabajo. Surco la amplia acera casi solitaria. Cruzo la calle con el aplomo de una peatona consciente del derecho que la otorga el paso de cebra, a pesar de que el hombrecito rojo ordena el alto. Un coche frena en seco. Su conductor grita algo que no entiendo y yo sigo. Alcanzo el portal dispuesta a enfrentarme sin contorsiones emocionales al portero, pero la frialdad se me viene abajo cuando encuentro al hombre concentrado haciendo ganchillo. Le sonrío y él no pregunta. La mañana empieza bonita.

Aunque el ascensor me seduce con sus hierros negros retorcidos y sus cristales lechosos grabados con rocambolascas marañas de flores y pájaros, decido trepar por la escalera. Me detengo en el escalón treinta y tres y grabo sobre el yeso amarillento «Bonito». Al cerrar la navaja me corto el índice. Finalmente llego ante la inmensa puerta lúgubre. BRAGAS S.A. Llamo. El ring-ring seco y estridente me perfora el tímpano.

Mi sombrero de terciopelo morado y ala ancha imperial hipnotiza al hombre pánfilo que abre, lo que me facilita el paso al hall de recepción donde una mujer abandonada a la estética de mercado me pregunta, tímida, que qué deseo. «Desearía», le digo abriendo los dedos como un abanico sobre el mostrador y acercando mi nariz a la suya, tan pequeña, «que dejaras de ocultar tu belleza bajo esa plasta de maquillaje» (El pánfilo se escabulle a su despacho). «Y además», añado incorporándome, «quiero ver al ejecutivo Bonifacio Respingo».

La mujer aguanta con la actitud de una heroína bíblica (pero hay algo en su contención que me conmueve), y con la mesura y determinación que dicen las caracterizaba pregunta: «¿A quién debo anunciar?». Tardo en responder porque me indigna descubrir que le hacen llevar en una chapita gris su nombre precedido del espantoso «Srta.». «¿No sería mejor —comienzo por comentar— que si quisieran saber tu nombre te lo preguntaran?» Esto de las etiquetas nunca me ha convencido. Estoy más bien a favor de la comunicación. Ella no contesta. «Además», prosigo, «lo de Srta. es equivalente en este mundo absurdo a lo de libre en un taxi, porque los hombres nunca se han creído que somos personas». (Mi madre decía que tenía facilidad de palabra. Que debería ser abogada.) Gertrudis (ése es su nombre) duda. (Y qué bonita está la gente cuando duda.) Decido rápido suavizar la abrumadora tensión en la que se ve envuelta con una de mis sonrisas



más dulces, pero llaman al timbre. Gertrudis, con sus labios rojo-amanecer-en-Shangai aún ligeramente separados, y esos ojos castaños de pestañas largas rebozadas en rimel abiertos como el objetivo de una cámara, clava la visual en la puerta y se lanza a pasitos de gorrión despavorido a la misión de abrirla antes de que el timbrazo atente una segunda vez. Está sofocada, pero aún bajo control.

Es el electricista. Viene a poner unos enchufes. «Espere un momento, por favor...» me dice. «África», aclaro, amable, «me llamo África». Gertrudis aparta la mirada de mí con esfuerzo y desaparece tras una puerta, escoltada por el hombre del mono azul. Reflexiono sobre Gertrudis. Ciertamente se trata de una mujer con capacidad de escucha (parecía enterarse de lo que la decía) y, por tanto, sensible (lógica deducción). Se abruma porque es tímida e insegura (evidentemente), pero es valiente y, probablemente, generosa. A esto se le llama «capacidad de adentramiento psicológico», me lo dijo un día una psicóloga. En el pasado, cuando he buscado trabajo y se han dado situaciones similares, he tendido a acabar en la comisaría o a aterrizar en la calle. No obstante, persevero, porque si algo se le puede sacar al aprendizaje obligatorio de ser Mujer en este mundo es, por ejemplo, el desarrollo de la perseverancia, de la insistencia en ser una contra todo. En la traducción social, tiene otro nombre: «inadaptada social», lo que es reivindicable también porque... ¿quién quiere estar adaptada en un mundo tan grotesco como éste? Gertrudis parece una secretaria prototipo, pero también parece una persona. Me cae bien. Muy bien.

El escuálido pánfilo se asoma desde un despacho y al verme aún en el hall, cierra rápido la puerta. Gertrudis tarda en volver y yo me distraigo imaginando al tal Bonifacio. Sé de él, por la prensa, que es un importante empresario manchego que se ha enriquecido escandalosamente vendiendo bragas hechas de algodón traído de sus fincas de América Central y del Sur. Le imagino yendo a veranear (desde la mentalidad empresarial, cambiando de ocupación lucrativa) a una de sus fincas en Brasil, escoltado por su lujo y un puñado de matones, comprobando lo bien que va la explotación de las y los 100.000 campesinos que trabajen allí a cambio de terror, enfermedades y hambre; entretenido en ordenar que se liquide a tal o cual «comunista» (dicho objetivamente: a cualquier persona que denuncie la injusticia) como si él fuera el rey de bastos dirigiendo una cacería. La verdad es que el tal Bonifacio no es un ser menos siniestro que el jefe de la academia de policía con el que me entrevisté la semana pasada para ver si me dejaban entrar. Después de muchas tribulaciones sociológicamente interesantes, no me dejaron «unirme al cuerpo».

Gertrudis vuelve más serena con respecto a mí y más nerviosa con respecto al electricista. El tipo la dice un par de obscenidades antes de despedirse, ante lo cual, con esfuerzo, consigo no decir nada: una mujer morena me enseñó que es mejor ayudar cuando te lo piden porque si no, puedes estar cuestionando la capacidad de las personas involucradas para resolver el asunto por sí mismas. Gertrudis no le dice nada tampoco, se limita a cerrar la puerta suavemente. Y al volverse hacia mí creo que me mira con esos ojos en los que se enredan diferentes emociones subterráneas y se atropellan las palabras (*exempli gratia*: ¿pero qué es esto?! — es un cerdo — le pegaría un puñetazo de buena gana — pero y si — socorro — cómo me como yo ahora esta rabia).

«Perdone que le haya hecho esperar», dice sentándose y bajando la mirada a los papeles que tiene sobre su mesa para ordenarlos. Yo dejo deslizar el dorso de mi bíceps derecho sobre el mostrador (movimiento que se detiene con el tope de mi axila) para, a pesar de la masa de carne de la mejilla que mi mano desplaza hacia mi ojo derecho, observar a Gertrudis. «Supongo que no tenía Vd. cita», dice mirándome de reojo algo escandalizada por mi postura. «Veremos si el Sr. Bonifacio puede recibirla». Y a pesar de sus largas uñas de porcelana presiona con destreza el botoncito del interfono. Como un gruñido suena el «¿Sí?» de Bonifacio Respingo. «Sr. Bonifacio, hay aquí una señorita —me mira como excusándose—, la señorita África, que desea verle». «¿África?», afirma voraz. «¿No será negra?» «Sí, Sr. Bonifacio...», contesta temblorosa y sumisa. Tras una pausa mediana, un breve «Hágala pasar» del mafioso, inexplicable para Gertrudis en aquel momento, pone fin a la comunicación.

«Es un nombre muy exótico el mío», explico algo aburrada. «Y además, cuando no se dice el apellido suena a algo con posibilidades», añado con cínica picardía. Gertrudis parece considerar razonable mi explicación, lo que me anima a retomar la tarea revolucionaria: «Oye, aunque estés en un trabajo que no te guste —supongo que no la gusta— y trabajando para un cerdo, podrías respetarte más, ¿o no? Quiero decir que, podrías realizar tus tareas sin tener que tragarte todo ese trato de mierda que no viene descrito en los contratos». Gertrudis se levanta de golpe y me mira furiosa. Tiene el aspecto de quien considera determinado comentario como la gota que rebasa todo embalse. «¿Le importaría mucho que le dijera lo que pienso de sus comentarios?», me dice al borde de lo que parece un ataque de indignación. Ladeo la cabeza y me encojo de hombros. «Pues bien, pienso que ¡no tiene Vd. derecho a venir aquí y a decirme qué es lo que está bien o lo que está mal!». Lentamente se sienta. Conteniendo la alarma que le ha producido su insospechado y digno desahogo y retomando su rutina dice: «Ahora mismo la hago pasar». «Gertrudis, lo siento», digo muy seria. «Lo siento de veras». Tras lo cual emprendo rumbo por el único pasillo que hay, hacia donde supongo que podría encontrarse el despacho del Sr. Respingo.

«¿Dónde va?!», se le escapa a Gertrudis como un cacareo primerizo. Y aletea como un pollito joven hasta alcanzarme. «No hace falta que me hagas pasar, Gertrudis, de verdad, yo puedo pasar sola». Gertrudis hace oídos sordos. A pesar de la falda de tubería consigue adelantarme, pero un tropezón con alguien que sale del despacho del «jefe» la hace perder su ventaja y acabo estirando todos los músculos de mi brazo derecho contra la puerta del SR. BONIFACIO RESPINGO, que se abre de par en par, desvelando la cara de pasmo de aquel matón de nariz chata y poros anchos.



Los acontecimientos que se siguieron fueron de esperar en lo referente a la breve y exaltada relación que mantuvimos el empresario y yo, y absolutamente sorprendentes en cuanto al comportamiento de Gertrudis. El Sr. Bonifacio, quien probablemente esperaba darse un respiro laboral flirteando un rato con una tal África (porque ya se sabe si las mujeres en general no valen nada, las mujeres

negras son «la mula del mundo»), fue acribillado por La Candidata con preguntas sobre sus corruptelas tanto nacionales como en el extranjero y con datos sobre la situación humana, económica y política en América Latina. Como se resistía a escuchar, llegué hasta a impedir que descolgara el teléfono para llamar a la policía, lo que le dejó tan indignado y estupefacto que pude ganar unos diez minutos más para seguir con mis explicaciones. Le conté que mi razón para buscar trabajo junto a una persona tan éticamente censurable como él era que tenía algunas ideas sobre cómo mantener un negocio sin abusar de las demás personas, y deduje en alto que, consecuentemente, a él le vendría bien contratarme. Añadí datos sobre la distribución de riquezas en nuestras sociedades, e hice una reflexión sobre lo que implicaría mayor solidaridad con o respeto hacia las otras personas en el plano personal y social.

Gertrudis, que estuvo en todo momento de pie a mi costado, me miraba horrorizada. Cuando «su jefe» se disponía a poner fin a los acontecimientos a costa de desenmascarar su yo más demoniaco estrangulándome, Gertrudis entró en acción. «Sr. Bonifacio, por favor», comenzó con tono de súplica, «síntese». Corrió hacia la cisterna de agua que había junto a la ventana y llenó un vaso. «Tome, bébase esto» (el agua, tan vital, siempre ayudando). «Sr. Bonifacio, yo me encargo», dijo, eficiente. El hombre se sentó y se bebió el agua. «Haga ahora los ejercicios de relajación», añadió Gertrudis, y él comenzó a respirar hondo mientras Gertrudis me dirigía una mirada enigmática. Más que una trabajadora parecía una hermana mayor calmando al pequeño de un disgusto. Después acercó una silla a la de él y, sentándose en frente tras disculparse por la osadía, empezó, con un candor inagotable y una claridad mental indiscutible, una intervención conmovedora. Y lo digo en serio.

«Sr. Bonifacio, llevo seis años trabajando para Vd. De nueve a dos y de cuatro a ocho. Vd. sabe cuántas veces, cuando había asuntos urgentes o cuando el trabajo se acumulaba, me he quedado sin comer para ayudarle. En esta oficina (que ha sido como mi propia casa) he cumplido con mis funciones y he hecho mucho más, con agrado. Y Vd. ha sabido apreciarlo y recompensarme: me nombró jefa del sindicato que formó para nosotros. Tengo que agradecerle tal muestra de confianza, Sr. Bonifacio. Vd. ha sabido hacernos sentir como si todos estuviéramos en el mismo barco. «Somos una gran familia», como Vd. dice. Y así es cómo yo lo he sentido también. Pero, Sr. Bonifacio, no sé qué me ha pasado hoy. Reconozco que esta señorita —se refería a mí— ha sobrepasado todos los límites de comportamiento aceptable —vaya por dios—, nos ha avasallado, pero ha dicho algunas cosas sobre las que nunca había pensado. Y otras que ni siquiera sabía. ¡Ay, Sr. Bonifacio, estoy muy confundida! Y no sé...»

El Sr. Bonifacio, por el sofoco y su equivocada consciencia de que Gertrudis no tenía nunca opinión, había escuchado más bien poco a «su secretaria». Empezó a reaccionar, con complacencia, con lo de «una gran familia», pero después el ánimo evolucionó negativamente. «Histórico» sería una palabra bastante precisa para describir el estado al que el Sr. Bonifacio se abandonó. «¡Srta. Gertrudis!», gritó sin control sobre su proceso de salvación (Gertrudis, con delicadeza extrema, por no ponerle en evidencia, se secó las humedades disimuladamente con la manga de su blusa blanca), «¡Hasta aquí podíamos llegar! ¡Deje Vd. de decir tonterías! Esta mujer es una comunista, una pelandusca que pretende infiltrarse para hundir esta

empresa. ¡Será idiota!», añadió mirándome con el desprecio que sienten las personas débiles y mezquinas que se han hecho con mucho poder. «Salga Vd. inmediatamente de aquí. Guerra», remató traicionando la imagen de hombre decente y generoso que, inexplicablemente, a tanta gente daba.

Gertrudis se quedó boquiabierta. Yo sólo moví los ojos para volver a Gertrudis. Gertrudis cerró la boca, me miró. Yo seguía quieta, como diciéndola: «Yo de aquí no me muevo hasta que tú quieras», porque intuí el peligro. El peligro de que Gertrudis volviera a caer en la enajenación de la normalidad. Gertrudis debió entenderme. Se había atrevido (como dije, era valiente) a contarle al hombre sus pensamientos, quizá por primera vez, pero la falta de costumbre la llevó a un estado de confusión y consecuente inseguridad que pudo superar 1. porque no había perdido el sentido de lo que era justo y lo que no, 2. porque aún la importaban las cosas, 3. porque intuyó que estaba empezando a valorar lo que llevaba dentro y 4. porque no se sintió abandonada por quien aparentemente había provocado una situación tan desbordante. «Sr. Bonifacio», dijo, seria, recuperando fuerzas, «no está Vd. escuchando. Le ruego que se calme y que (aunque sé que tiene Vd. muchas cosas importantes que resolver) me dé una oportunidad de tratar con Vd. las cuestiones que he esbozado. Nunca le he pedido nada» siguió, con un tono algo desesperado, «pero ahora sí, porque si no, yo no sé, pero, mire que le aprecio y aprecio este trabajo, pero, verá, yo..., si Vd. no me escucha, si no resolvemos esto, yo, yo tendría que irme de aquí».

Gertrudis misma estaba absolutamente sorprendida de lo que acababa de decir. Creí que en los momentos siguientes cabía la posibilidad de que aquel reencuentro consigo misma se disolviera sin dejar secuelas ante un astuto cambio de actitud del jefe. Pero no fue así. El Sr. Bonifacio Respingo, magnate manchego, colonizador de tierras lejanas, alegoría grotesca del sistema capitalista, mujió como un jabalí encabritado. «¡Váyanse Vds. a la mierda! ¡Las dos! yo tendría que irme de aquí», añadió caricaturizando con una voz aguda la frase que tanto había costado emitir a Gertrudis. Gertrudis rompió a llorar. «Lo que nos faltaba», dijo el sátiro, «Todas las mujeres son iguales: ¡unas mojigatas! ¡Váyase a llorar a otra parte! No crea que me va a ser difícil reemplazarla». Gertrudis salió del despacho doblada de horror y temblorosa. «Y respecto a Vd., desgraciadamente no es Vd. lo bastante lista como para ser una infiltrada. ¡Se creería Vd. que yo era tonto!». Me quedé un rato mirándole, lo que le puso más nervioso todavía. Y para respetar la alegría que me había entrado al ver a Gertrudis revolverse contra el corrupto, me di la vuelta y salí, aparentemente tranquila.

Encontré a Gertrudis poniéndose el abrigo y cogiendo, atropelladamente, su bolso. Las lágrimas eran churretes de tinta oscura. De pronto me entró el pudor, así que fui al baño para traerla un trozo de papel higiénico con que limpiarse. Pero cuando arranqué la cantidad que precisaba, oí que la puerta se cerraba con un golpe fuerte. Me metí el papel en el bolsillo y me dirigí hacia la salida. El pánfilo, que se había asomado pensando que los acontecimientos de la mañana habían llegado a su fin con el portazo, al verme llegar, volvió a esconderse. Bajé por las escaleras. Al llegar a mi grafito, me reí. (¡A ver si voy a tener poderes, como decía mi hermano!). Llegué a la portería cuando el portero estaba guardando las lanas. Nos saludamos afablemente y salí a la calle. No sabía bien qué hacer. Me hubiera gustado poder hablar con Gertrudis, eso sí. Pensé en dar un paseo por un parque

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

cercano y comprarme un periódico para elegir otro empleo. Vi un bar y consideré que me vendría bien tomarme algo que me entonara un poco, después de tantas emociones.

Allí estaba Gertrudis, tomándose una tila, ya más calmada. Sonrió al verme, así que me senté en su mesa. Estuvimos hablando un par de horas, después nos fuimos a un chino a comer, después a tomar un café solo, después a dar un paseo, después a un pub donde tocaban jazz y, antes de despedirnos, nos dimos el número de teléfono. Dos días después quedamos. Y quedamos al día siguiente. Ahora llevamos tres años juntas. Gertrudis trabaja en una coordinadora de grupos de mujeres de barrio. Tienen un centro de asistencia a la mujer violada, una asesoría jurídica para mujeres y una biblioteca maravillosa. Además montan campañas como, por ejemplo, la que están desarrollando ahora: contra el uso de la mujer como objeto sexual en los medios de comunicación. Con las 35.000 que cobra y lo que yo saco de traducciones y de las camisetas vamos saliendo al paso, porque el alquiler que tenía ella (donde acabé mudándome por asuntos de amor) no es caro.

De vez en cuando salgo a buscar trabajo.